

La memoria de JEP

Carlos Ramírez

Mi devoción por Borges comenzaba a molestarme, pero mi pasión por JEP me llevó a la conclusión de que ése era mi destino. Yo tenía claro y sólo lo sabía un buen amigo: el poeta Marco Antonio Campos.

Permítanme presentarme. Soy..., bueno, soy quien soy. La verdad es que mi nombre dirá poco. Sólo deben saber que a pesar de mi especialidad en periodismo económico, mi pasión por JEP me hizo profundizar no sólo el periodismo cultural sino la rama de la poesía y la narrativa. Regresé inclusive varias veces a la hemeroteca para reconstruir el itinerario de JEP en la segunda mitad de los sesenta, cuando prefiguró la figura del intelectual analítico de la creación de ficción y de hechos históricos relevantes de México.

Pero la parte más sugerente de JEP era la de su capacidad de memoria. Ahora que nadie sabe dónde se encuentra el escritor, que no aparece en público y que se acumulan datos de que se encuentra en perfecto estado de salud pero en una situación de aislamiento asumido, sus textos comienzan a ser revalorados. De ahí mi interés en especializarme en el periodismo de JEP a

partir de un punto de partida que pocos han entendido: la memoria. JEP se destacó, ciertamente, por la profundidad y amplitud de sus textos. Pero yo había llegado a la conclusión de que la mina de oro de su talento se encontraba en su memoria. JEP había leído todo, lo que se dice todo: revistas, suplementos culturales y libros al por mayor, era una especie de gambusino del dato literario. La literatura estaba determinada por su contexto. En el medio literario se habló mucho de la biblioteca y hemeroteca que tenía en su casa, aunque algunos decían que su memoria era una mina de conocimiento. Y era de imaginarse: un texto de JEP estaba basado en decenas de referencias adicionales al tema central, pero siempre pasando por la aduana de su memoria.

Conversé en varias ocasiones de ello con mi amigo Marco Antonio Campos. Y le referí una historia que me había contado, alguna vez, mi abuelo. A un campesino pobre en tiempos de la revolución mexicana un cacique le había regalado un reloj extraordinariamente valioso. El cacique le dijo que cuando lo tuviera colocado en su muñeca, podía entender en lenguaje de los hombres, el lenguaje secreto, el de las verdades. El campesino pobre miró con interrogación la joya y preguntó, más para sí mismo, sobre el valor para él, si casi nunca hablaba con los hombres y de poco le servía la verdad. Pero el cacique hizo hincapié varias veces en su valor. Un par de ocasiones el

campesino quiso venderlo, pero la joya era tan espectacular que nadie se atrevió a comprarla. El campesino murió en la pobreza y la joya se perdió.

Marco Antonio me miró extrañado. Le dije que extrajera una conclusión. Y sólo dijo que probablemente fuera sobre el valor de las cosas, el valor de los valores. La verdad es que yo ya no supe qué decirle. Mi propósito fue tratar de explicar el valor de la memoria. Nos quedamos en silencio un rato y cambiamos de tema. Casi al final de la reunión, Marco Antonio regresó al tema. Me dijo que me llamaría un amigo de él, que sólo se identificaría como Daniel y que me haría una extraña oferta. Acostumbrado a los asombros en el mundo literario de la realidad, no le pregunté de qué se trataba y le dije que sí, que esperaba la llamada.

El encuentro ocurrió dos días después. Daniel me llamó para pedirme un encuentro. Nos vimos en la librería El Péndulo, de la colonia Condesa. De entrada me marcó interés en el tema de las cosas que tenían valor y que no se podían vender. Luego me hizo una oferta bastante inusual, por no decir que rara:

--Le ofrezco el reloj que permitirá entender en lenguaje oculto de los hombres.

No pude menos que sorprenderme. Abrí la boca con la intención de mostrar mi sorpresa, pero Daniel se me adelantó.

--Bueno... Hablo en sentido figurado. Le tengo una joya. Le ofrezco la memoria de JEP. No su biblioteca o su hemeroteca, sino su memoria, la que va de 1959 al 2009, medio siglo de la memoria del hombre más informado del mundo, pero con la acumulación del pasado original. Y tome usted en cuenta que esa memoria pudo prohijar los textos de periodismo, de recopilación de hechos, obras y personas, y desde luego una de las poesías más puras que se hayan conocido.

No supe qué decir. Mis reacciones fueron nerviosas. Daniel supuso que yo lo tomaba por loco, pero la verdad me quedé pensando qué maravillas podía yo hacer con la memoria de JEP. Mi primera reacción fue la de imaginarme una columna que inventariara el mundo cultural y hasta se me ocurrió un nombre: Inventario. Pero fue de momento. Luego llegué a la conclusión que sería demasiado terrenal: JEP era único. Y no me preocupaba la falta de talento para seguir ese camino porque estaba seguro que poseer la memoria de JEP era precisamente la garantía de satisfacción: escribir habiendo leído todo, pero a partir de la memoria de JEP. Luego me dije a mi mismo que no, que era demasiado vulgar tratar de escribir como JEP por el sólo hecho de poseer su memoria. Entonces me vino un destello: trataría de *ser* JEP.

Daniel pareció entender mi turbación porque pidió otro café y lo saboreó con tranquilidad, a la espera de que regresara de mi viaje interior. Mi cabeza me daba vueltas, mis pensamientos corrían a mil kilómetros por hora y eran muchos al mismo tiempo. Lo curioso del momento fue que en ningún momento puse en duda el hecho de que Daniel estuviera en posesión de la memoria de JEP. Por eso comencé por el final.

--¿Le ha servido de algo la memoria de JEP?

Daniel esperaba algo así.

--Bueno, por cierto que sí. Escribí algunos ensayos sobre poetas y narradores, me fueron aceptados en varias revistas y otros suplementos culturales. Más tarde los recopilé en una antología y se vendió bien, aunque sin causar demasiado estruendo. Pero ya me cansé. La verdad es que la memoria de JEP me pesa mucho y no me permite concentrarme en mis cosas. Por eso quiero que usted la posea. Es sencillo: yo tengo que ofrecérsela en voz alta y usted aceptarla. Y ya. Es todo.

--¿Nada más?

--Nada más. Sencillo, ¿no es verdad?

Me quedé pensativo. Pero no lo hice esperar demasiado.

--Pues ofrézcamela.

--Le ofrezco la memoria de JEP.

Y yo respondí:

--Acepto la memoria de JEP.

En la cafetería se hizo una especie de silencio. Miré a los lados de nuestra mesa y no advertí ningún movimiento en especial. En las mesas la gente seguía sus conversaciones como si nosotros no existiéramos. Daniel y yo retomamos la charla. Yo no le pregunté sus experiencias como poseedor de la memoria de JEP y él tampoco quiso darme algunas lecciones sobre cómo sacarle el mejor provecho. Más bien hablamos sobre una de las novelas más enigmáticas de JEP, *Morirás lejos*, una novela en clave, y el personaje escondido detrás de las persianas.

Los días pasaron lentamente. Mi trabajo en el periodismo económico tuvo el estímulo de una nueva crisis inflacionaria. Y me obligó a darle más atención a la elaboración de estadísticas sobre tendencias de las cifras macroeconómicas articuladas al aumento de los precios. Y de verdad que me hubiera olvidado del tema de Daniel, de no haber sido porque un día, al afeitarme después de la ducha, recordé el sueño de la vigilia. En mi mente comencé a elaborar párrafos completos de ensayos literarios con referencias que sabía que no había leído y, peor aún, que estaba seguro de su existencia en mis lecturas. Yo leía bastante literatura, pero me quedaba en los autores y sus obras, no en sus contextos. Y de pronto, como impactos de imágenes y hasta

de sonidos extraños, comenzaron a bailar en mi mente realidades de aquellos cincuenta años de la memoria de JEP. Paulatinamente fui marginando los temas económicos y centrándose en los asuntos culturales. Y enfrenté el instante, en un café de Polanco, de la la conclusión de que yo creí ser casi JEP. Su memoria me animaba, me impulsaba, me llevaba a niveles de exaltación por el conocimiento debido a su memoria y no a la mía.

Así me deslumbró la inspiración de un poema que sabía que estaba en la memoria de JEP y no en la mía pero que yo escribí como salido de mi inspiración:

*Hondo es el aire que nos contiene y en él,
en alguna de sus cavernas,
debe de estar guardado cuando dijimos.
Archivo infinito,
de words, words, words,
de blablablá interminable,
aire tan sólo para que el aire borre.*

Pasaron los días y me fui convirtiendo en la memoria de JEP. Sólo que había cosas que me incomodaban demasiado. Una de ella me fue revelada en

una noche de insomnio, frente a una hoja de papel en blanco, cuando trataba de llegar a la esencia de un poeta que había muerto joven y que JEP había seguido por amistad y luego por interés literario. Ahí entendí que la memoria tenía sus límites. Y me percaté que se había tratado simplemente de un juego de espejos: la memoria de JEP me presentaba sólo el contexto de JEP, no la esencia. Y ahí comprendí también la razón de Daniel: había arribado a conclusiones similares y por eso no había ido más allá de una antología. Recordé un cuento de Borges sobre un escritor que escribe *El Quijote* con las mismas palabras de Cervantes pero un siglo después y los párrafos eran exactamente los mismos pero tenían ya otro significado. No fue difícil concluir la clave del tesoro del campesino: los valores son por sí mismos. De poco me servía poseer la memoria de JEP si yo no era JEP.

Los días pasaron. Había momentos en que me sentía insuflado por poseer la memoria de JEP pero luego me deprimía llegar a la conclusión que no bastaba con la memoria y que al final de cuentas no era yo. Y me sentía desolado por el escenario de ser un palimpsesto o un texto escrito sobre otro texto o un pentimento o esa vuelta atrás por el arrepentimiento del pintor regresando a la pintura original. Era el momento de llegar a situaciones límite: sí, la memoria de JEP podría ser una carga. Y las cosas empeoraban cuando los escenarios se mezclaban, eran los míos con la memoria de JEP y los de

JEP con mi memoria. Entonces la memoria de JEP me pesaba demasiado en el ánimo, en el momento, en la realidad, en las espaldas, y deseaba regresar a ser yo mismo pero a sabiendas de que no podía. Me volví nervioso, me perdí en los callejones de la memoria y de la literatura, ser o no ser JEP, me decía con una sonrisa de Shakespeare en los labios. En ocasiones las circunstancias me salvaron. Un día acudí al Palacio de Bellas Artes, a la sala Manuel M. Ponce, a presentar una antología de poesía mexicana del siglo XVIII y salí airoso porque me ayudó la memoria de JEP. Pero ahí ocurrió lo que temía: mi texto pudo resaltar las riquezas de la memoria de JEP pero no sin sorpresa me percaté que había dicho cosas con las que yo, sin la memoria de JEP, no coincidía. En otro momento redacté una nota para un amigo economista y al final no firme con mis iniciales sino con las de JEP.

Había ganado pero a costa de perder. Traté de huir de esa memoria pero no podía desembarazarme de ella. Por eso no me costó demasiado esfuerzo llegar al momento de decisión: ya no quería la memoria de JEP. Estaba agradecido. Inclusive me repetí a mí mismo que yo había fallado y que no supe cómo administrar la memoria de JEP, pero me respondía que cada cabeza es un mundo y que ahí estaba realmente la falla. Sin embargo, el destino final era el mismo: me agobiaba tener la memoria de JEP. Por eso me dediqué afanosamente a buscar a mi amigo Daniel para encontrar una salida al

problema pero se me perdió de vista. Como si se lo hubiera, literal y literariamente hablando, tragado la tierra. Mientras más lo buscaba, más deseaba yo regresar a mí mismo.

Una tarde llegué a El Péndulo a revisar las novedades literarias, compre un libro de George Steiner sobre los libros que nunca iba a escribir y me senté a tomar un café y en ese instante recordé de pronto lo que me había dicho Daniel cuando en el lugar mismo me entregó la memoria de JEP. Había que buscar a alguien que le interesara poseer la memoria de JEP. Salí de inmediato del café y me fui a mi departamento. Con un directorio telefónico en las manos y mi propia agenda de amigos y conocidos, me dediqué a buscar quién quería quedarse con la memoria de JEP... y nada. La mayoría se rió de mi propuesta y me dijo que era una buena broma, otros dijeron que no entendían y el resto me despachó con un lacónico no. Varios días estuve tarde y noche buscando a quién entregarle la estafeta de la memoria de JEP. Y la verdad es que no encontré a nadie porque quise jugar limpio y no poner trampas. Unos pocos me interrogaron con interés y vieron seria la proposición, pero entre sus escenarios no estaba evidentemente quedarse con la memoria de JEP. ¿Qué iban a hacer con ella? A algunos les expliqué posibilidades de utilización, pero no logré convencerlos del todo. Dos de ellos me dijeron que lo pensarían pero luego ya no me regresaron la llamada. Yo entendí, o al menos lo supuse así,

sus temores: no es fácil administrar la memoria de un intelectual como JEP. Por eso tuve que insistir. Mi directorio de pronto se me agotó sin haber encontrado a quién entregarle la memoria de JEP.

Los días siguieron pasando en el calendario y yo tenía que cargar con un doble peso: la memoria de JEP y la agotadora búsqueda de algún interesado que tenerla. Me di una vuelta por escuelas y facultades de literatura y más bien me sentí decepcionado. No pude crear un perfil del huésped ideal: los alumnos carecían de entrega a la literatura y los maestros no aguantaban la presión de las clases. Coloqué algunos letreros en pizarrones de avisos. Sólo que me fue muy difícil explicar en pocas líneas de lo que se trataba. Así que sólo escribí: ¿Te interesa poseer la memoria de JEP? Recibí pocas llamadas de interesados. Pero la mayoría se quedó con la confusión de que yo estaría ofertando los archivos de JEP o la biblioteca de JEP. Y los pocos que conocían al escritor ni siquiera se molestaron en llamar porque obviamente pensaron que esos archivos costaban una millonada.

Volví varias veces a la cafetería de El Péndulo de la Condesa para pensar una solución. Y ahí de pronto conocí a una mujer. Bueno, en realidad eran dos. Y no las conocí realmente sino que las encontré. Yo las había visto con frecuencia en el restaurante de Sanborns al lado de El Palacio de Hierro Durango. Eran una mujer madura, de unos cuarenta y cinco años, sin

maquillaje, con vestidos de colores opacos que me recordaban las películas de los cincuenta, y su madre, una señora de edad, un poco encorvada, siempre envuelta en un rebozo tradicional, de hilos blancos y negros entretreídos. Se sentaban a desayunar, casi no conversaban entre sí y luego se retiraban. Varias veces pasé cerca de ellas y me saludaron con educación deseándome buen provecho. Yo las saludaba también con comedimiento. Luego dejé de ir a ese lugar. Y ahora estaban, ya cayendo la tarde, en el café de El Péndulo. No tenían libros en la mano, tomaban café y té con algo de pan dulce. Tampoco conversaban más que lo necesario. Pero se veían igual de cercanas.

Las vi en El Péndulo en tres ocasiones muy seguidas, en una misma semana. Y a la tercera vez decidí abordarlas. Me acerqué con cuidado, dando muestras de respeto, inclusive me dirigí a las dos tratándolas de usted. La respuesta fue educada. Sí, recordaron, la vez anterior inclusive comentaron entre ellas que yo era el mismo de Sanborns. Esa tarde hablamos de cosas cotidianas. La hija me comentó que le gustaba la literatura pero no tenía mucho tiempo para leer. Eso sí, trataba de estar atenta a los nuevos títulos. Me dijo que le hubiera gustado tener mayor cultura literaria. Alguna vez en su juventud pensó fugazmente en ser escritora, pero la necesidad de trabajar para mantener a su madre le hizo superar esa tentación. Yo traté de llevar la

conversación hacia mi tema. Les platicué de algunos autores recientes. Y a cuentas de nada, solté lo que traía en mi angustia:

--¿Conocen a JEP?

Las dos me miraron con extrañeza.

--No.

Entonces aproveché el gesto de curiosidad de la hija para hacer una semblanza de JEP en menos de tres minutos. Y tuve su atención. La hija, que era la única que realmente hablaba, me hizo algunas preguntas sobre JEP y destaqué esa parte de JEP que tenía que ver con su memoria como la parte fundamental de su presencia. La hija aumentó su atención. Cómo le hubiera gustado conocerlo en persona, me dijo. Yo le comenté que JEP vivía en las inmediaciones de la Condesa, que tenía una casa inundada de libros, periódicos, revistas y suplementos, que había leído todo y que su memoria era un prodigio. Al llegar a este punto, la hija ya no preguntó nada sino que me hizo una de sus sonrisas más tiernas, más frescas, más ingenuas. No era fea, no usaba casi nada de maquillaje y la piel de su rostro acusaba ese descuido. Pero su sonrisa me iluminó. Y me lancé a fondo.

--¿Le gustaría poseer la memoria de JEP?

Frunció el ceño más de extrañeza que de enojo. Como que no entendía de lo que yo estaba hablando. Sí, le dije, la memoria de JEP. Ella me preguntó

si se trataba de su archivo. No, le dije que no. Era la memoria de JEP. La hija me miró con tanta intensidad que sentí su mirada hasta el corazón. Le expliqué de Daniel y de cómo me había entregado la memoria de JEP. Y agregué que ya había sacado toda la utilidad de esa memoria, utilidad para mis planes, y sentía que era el momento de que esa memoria pasara a otras manos. Agregué que nadie sabía dónde estaba JEP, que obviamente no había fallecido, pero que por alguna razón en especial decidió desaparecer del escenario literario. A lo mejor está sumido en la lectura de alguna nueva corriente y no quiere distracciones, dije nada más por decir. La hija no quitaba los ojos de mí. No era una mirada molesta sino intensa. No me incomodaba. Más aún: comenzaba a gustarme esa mirada.

--¿Le interesa? --dije de pronto, como sacando un conejo de una chistera.

La hija volvió el rostro a su madre. La señora de edad parecía más encorvada y estaba dedicada a comer su pan dulce con el té. Levantó la vista, miró a su hija y apenas, de manera imperceptible, como que alzó los hombros. No fue un gesto de desapego o de desinterés, sino yo lo vi como de resignación, de asentimiento. La hija se volvió hacia mí:

--Por qué no. ¿Qué tengo que hacer?

--Yo le preguntaré si acepta la memoria de JEP y usted dirá que sí.

El traspaso de la memoria de JEP fue más terso de lo que yo supuse. Y ocurrió en segundos. Yo no sentí nada. Y no percibí algún gesto extraordinario en la hija. Nos quedamos platicando un rato de nuevos autores, sobre todo mujeres. Me preguntó si había escrito algo y le dije que sí. Aunque me lamenté con ella no haber podido darle una mejor utilidad a la memoria de JEP para escribir una obra maestra. Creo que la hija no me entendió porque al final de cuenta lo dije de manera confusa. Pero en ese instante la mamá levantó la vista de su té, me miró abriendo un poco los ojos y me sonrió. Sí, me sonrió. No con todo el gesto sino apenas con un movimiento de la comisura de los labios. Todavía me quedé un par de minutos, pagué la cuenta no sin antes pedir la autorización de ellas para hacerme cargo de su consumo. Le levante y salí tranquilamente de la cafetería.

Puedo jurar que lo que ocurrió a continuación fue como lo voy a contar. La noche había comenzado a caer. Hacía fresco. Como mi oficina estaba a unas diez calles, había ido caminando a la cafetería. Así que me enfilé hacia ahí para recoger mi auto. Iba pensando en cómo se daría el proceso de pérdida de la memoria de JEP y de recuperación de mi propia memoria. Por cierto, había comprado esa tarde el libro *Tarde o Temprano*, la recopilación de la poesía completa de JEP. Pensaba dedicarle todo el fin de semana a leerlo con calma, ya sin el peso de su memoria. Los cuentos los había releído en los

últimos meses. Y su novela *Morirás lejos* la había vuelto a leer el año anterior cuando recopilé información sobre el holocausto. De su poesía sólo leí sus primeros dos libros. De ahí mi extrañeza.

La historia transcurrió así:

Salí de El Péndulo tranquilo, sin prisas. Quería darme seguridad de que me había quitado un peso de encima. En realidad no era así pero quise fabricarme esa sensación. Y creo que lo logré. Mentalmente fui haciendo una larga lista de asuntos que debía hacer, comenzando por un análisis de la crisis económica reciente. Y luego, no por alguna razón en especial, pensé en trabajar una antología de la poesía mexicana en los años sesenta. Creo que fue en ese momento, cuando en mi mente procesaba el tema de la poesía, que dije en voz alta unos versos:

Fracasé. Fue mi culpa. Lo reconozco.

Pero en manera alguna pido perdón o indulgencia:

Eso me pasa por intentar lo imposible.

¿De dónde esos versos si yo no soy poeta y me cuestan esfuerzo las rimas? No lo intento con frecuencia pero en ese momento me saltó la facilidad con que las palabras se fueron acomodando en un poema. Mi sorpresa fue

mayúscula, al grado de que me detuve en una esquina y apunté el verso en un papel. Luego supe, varios días después, que eran los versos finales del libro de JEP. ¿Cómo repetí palabra por palabra de un poema que nunca había leído? Puedo suponer y reconocer que a veces uno tiene alguna idea similar a un poema ya escrito, quizá hasta un par de palabras, pero no todo un poema de tres líneas. Todavía me quedé un rato parado en la banqueta a la espera de más versos pero ya no me llegó nada. Retomé mi camino. En ese momento mi sorpresa fue una y luego, cuando supe que eran versos de JEP, se me presentó otra sorpresa.

Los días posteriores fueron de tranquilidad. No me sentía agobiado por la decisión de trasladar a otra persona la memoria de JEP. Pero fue tal la intensidad de las semanas anteriores, que yo mismo me preguntaba todos los días si ya me había recuperado a mí mismo. Tardé en saber de mi antigua memoria. Me dediqué a leer libros de memorias y de diarios de escritores como para darle más juego a la mía. Pero lamentablemente siempre se me aparecía JEP. Nunca supe si fue mi obsesión o realmente no había logrado traspasar completa la memoria de JEP. Hasta que llegó un instante, mientras escuchaba a Schubert como una forma de ir renovando mi memoria, que ya era lo menos importante, que tenía que aceptar que había perdido con poseer

la memoria de JE y que las memorias son recuerdos acumulados, no excluidos y que debía de acostumbrarme a esa nueva realidad.

P.S. Las semanas han pasado y he ido recuperando poco a poco mis espacios en mi memoria, aunque no todos. Cuando platicué algunas partes de mi historia con mi amigo Marco Antonio Campos, un experto en Borges, me contó la historia de Pierre Menard, una variante borgiana de la memoria. Menard escribió *El Quijote* muchos años después de Cervantes, escribió los mismos párrafos y la lectura fue diferente. Le dije que ya lo había leído pero que lo volvería a leer esa misma noche. Pero le conté también que a veces recibo como disparos de una memoria que no es la mía. Marco sonrió y me dijo: “lee otro cuento de Borges: *La memoria de Shakespeare*”.

(Junio, 2009)